

La perfecta sinfonía de un músico chiflado

José Luis Castro Lombilla



·EDICIONES·PANGEA·

La perfecta sinfonía de un músico chiflado

José Luis Castro Lombilla

·EDICIONES·PANGEA·

Primera edición: octubre 2019

Del texto: © José Luis Castro Lombilla

Ilustración de portada: © José Luis Castro Lombilla

De esta edición: © Ediciones Pangea, 2019

41720 Los Palacios y Villafranca, Sevilla

www.edicionespangea.com

Edición y corrección:

José Peña Fierro

Diseño de la colección y maquetación:

Juan Manuel Castillo Martín

Diseño de la cubierta: Felipe Muñiz Peña

ISBN: 978-84-120245-1-7

Depósito Legal: SE 1490-2019

Impresión: Podiprint

Impreso en España / *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A Eva

«Amigos lectores que este libro leéis, renunciad a toda afección, y al leerlo, no os escandalicéis: no contiene mal ni infección, aunque tampoco gran perfección. Si no aprendéis, reiréis al menos; mi corazón no puede otra materia elegir al ver el pesar que os consume y mina; mejor es de risa que de llanto escribir, pues lo propio del hombre es reír».

François Rabelais (*Gargantúa y Pantagruel*)

«La risa es satánica».

Charles Baudelaire (*Lo cómico y la caricatura*)

«Yo tengo que quedarme, pero ustedes pueden salir al vestíbulo hasta que acabe esta monserga».

Groucho Marx (*Plumas de caballo*)

EPISTOLARIO VIRTUAL

Para: «María Luisa Pérez» <mluisam.perez56@yahoo.com>

Asunto: Explicación

Querida María Luisa:

Aracne, Sísifo, Tántalo, Eco, Atlas, Marsias, Prometeo... yo. Sí, como tantos otros yo también fui señalado un aciago día por los dedos inexorables de los dioses. Aracne compitió con Atenea en habilidades textiles, Eco engañó temerosa a Hera, Tántalo mató a su propio hijo y se lo dio de comer a los dioses, Sísifo retuvo a la muerte, Atlas conspiró con los titanes, Prometeo robó el fuego y Marsias venció en justa musical a un terrible Apolo vengativo. Yo, yo solo fui bello...

Sí, mi belleza ofendía de tal manera a los dioses que, tras reunirse en el Olimpo, decidieron darme un cruel castigo que mitigase, en la medida que eso fuera posible, el resquemor interior que a todos sin excepción les producía la envidia, demasiado dolorosa para unos seres tan vanidosos, que hacia mí sentían. Al igual que mis compañeros de infortunio, yo también sufro un eterno y cruel castigo: «Enamorarás a todas sin distinción, cualquier hembra capaz de sentir se enamorará de ti para que sufras un acoso eterno...».

Ahora comprenderás, mi querida esposa (a pesar de la distancia, de los sinsabores sufridos, de los interminables pleitos, te sigo considerando mi esposa), lo ajeno que estoy a toda culpa por lo que hice. Si alguien debe ser juzgado y condenado con dureza, ese, esos, ya lo sabes, son los omnipotentes y celosos dioses. Nada tengo que ver con aquello por lo que me dejaste: soy absoluta y radicalmente inocente.

Sin más, me despido de ti expresándote por este único medio que puedo (¿me dirás algún día tu nueva dirección postal?, ¿dejarás, oh, amor mío, que pueda visitarte para darte estas explicaciones cara a cara?), expresándote, digo, todo el amor que mi corazón continúa sintiendo por ti a pesar de todo lo ocurrido.

Siempre tuyo, José Enrique.

Post scriptum:

Te adjunto algunas fotos que aún guardaba en mi móvil. Espero que ver cómo sonreíamos las pasadas navidades ablande tu corazón.

Adjuntar archivos.

Enviar.

Fecha: Sat, Oct 26 2018 6:22:12 pm

De: «María Luisa Pérez» <mluisam.perez56@yahoo.com>

Asunto: Re: Explicación

Para: «José Enrique Belloso» <eros69@hotmail.com>

Hola, José Enrique:

Observo que continúas siendo un niño, un estúpido crío incapaz de afrontar tus problemas con valentía y responsabilidad. Si el asqueroso recuerdo que tengo de ti no me martilleara aún la memoria, me reiría a mandíbula batiente por leer tus pueriles y escandalosamente simples excusas. Mas, ay, es tanto el dolor que todavía roe mis entrañas como una rata ciega y enloquecida, que no solo no me río, sino que vomito (sí, lees bien: vomito) de asco al pensar en ti. No te voy a negar que eras un hombre muy bello (supongo que haberte sacado

una fortuna en el juicio, que te obligará a redoblar tus esfuerzos trabajando en el campo para poder resarcirte económicamente, habrá mermado algo tu hermosura); tampoco eludiré reconocer que fue eso lo que me atrajo hacia ti de una manera descontrolada, animal. Si fuera cierto lo que argumentas para justificar tu injustificable comportamiento, si de verdad tu poder de seducción fuese obra de los dioses como dices, yo tendría motivos más que suficientes para despreciarlos a todos, para gritar mirando al cielo, mientras meso airadamente mis cabellos, los más horribles insultos reprochándoles su insensata acción, pues sería yo y no tú quien hubiese resultado finalmente castigada. Si ese tonto pretexto que utilizas para moverme a compasión fuera real, la injusticia de los dioses no tendría límites: al condenarte a ti me habrían infligido a mí un inmerecido castigo brutal y perpetuo.

No, José Enrique, no, no insultes a mi inteligencia queriendo disfrazar de cumplimiento inconsciente de una ilícita y arbitraria sentencia lo que no es más que vicio y perversión. Si algún reo hay entre nosotros, ese soy yo. Yo, como Aracne, estoy condenada por tu traición a tejer eternamente la interminable tela de mi pena de mujer engañada; como Sísifo, debo arrastrar cuesta arriba la enorme piedra de mi desconsuelo; al igual que Tántalo, enloquezco de hambre y sed porque no puedo comer

ni puedo beber sin sentir náuseas al acordarme de ti. Tras haberte pillado in fraganti en nuestra cama con ese despreciable ser, estoy condenada al silencio, reducida como Eco a repetir tan solo las palabras finales con las que me despedí de ti hasta nuestro reencuentro en los juzgados: «¡No puede ser, no, no, no...!»». Mi pesadumbre y aflicción son tan grandes como la enorme bóveda celeste con que carga Atlas cada día; y tu infidelidad, la insidiosa felonía con la que has desgarrado jirones de mi piel convirtiéndome en un ensangrentado Marsias femenino, esposa mártir de tu deslealtad, me ha destrozado para siempre. Los cuernos que me has puesto, como el cruel pico del águila de anchas alas que torturó a Prometeo, me traspasan el hígado inmortal que me recrece cada noche para que, de nuevo, cuando llega el día, vuelva a devorármelo el ominoso recuerdo de tus obscenos juegos sexuales con una oveja en el lecho conyugal...

Por mí puedes irte al Hades, José Enrique. Déjame en paz y quédate tú ahí, en la granja donde un día entré, inocente de mí, atraída por tu arrolladora belleza, como esposa de un honrado granjero para salir años más tarde como una desgraciada cornuda víctima de tu enfermiza pasión sexual por los animales.

Con muchísimo asco me despido de ti esperando que no me molestes más.

Posdata:

Como comprenderás, mi dirección postal no pienso dártela jamás. Confórmate con haberte enterado de mi nueva dirección de correo electrónico por alguno de los amigos comunes que aún frecuentamos los dos (cuando me entere de quién ha sido el traidor que te lo ha facilitado, por supuesto que romperé relaciones). Espero que esto te quede muy claro: no quiero que me digas nada cara a cara porque te odio y me das asco. Si algún día estuve hechizada por tu bello rostro, si realmente yo también fui presa de la maldición esa que te has inventado para intentar convencerme de tu inocencia a pesar de que un tribunal te ha condenado a indemnizarme por tu asquerosa zoolofilia, hace ya meses, desde que te dejé, que me he curado. Te lo aseguro.

Deseo que ese gineceo animal en que has convertido la que fue mi casa durante veinte años de ceguera matrimonial se convierta para ti en un infierno y ardas eternamente en él. Y las fotos donde sonríes, tal vez pensando en tu erótico rebaño, métetelas donde te quepan.

María Luisa Pérez

Responder.

Para: «María Luisa Pérez» <mluisam.perez56@yahoo.com>

Asunto: Re: Explicación

Querida María Luisa:

Comprendo perfectamente tu actitud y no te reprocho nada. Al contrario, tu rabia hacia mí redobla mi enamoramiento. El dolor que desprende tu furioso correo me duele, no por mí, sino por ti. No me lastiman tus insultos, sino tu congoja. Saberme instrumento, aunque inconsciente (permíteme, oh, cariño mío, que continúe reivindicando mi inocencia), de tu enorme y tortuosa desdicha me hiere profundamente y ahí está, sin duda, el verdadero triunfo de los dioses. Querían vengarse de mí y me han privado de ti. Dices en tu correo que eres tú la que has sido finalmente condenada por los terribles dioses del Olimpo. Yo te digo, oh, María Luisa de mi alma, que no es así, que soy yo el único preso de esta cárcel de dolor impuesta por la inmisericorde justicia divina. Observar tu inmenso dolor, el infinito tormento que te he causado, es más lacerante para mí que el rayo con que Zeus fulminó a Asclepio. No lo dudes ni un instante, mi pequeña flor de azahar: jamás te he sido infiel, ¡créeme! No te pido que renuncies a tu inteligencia (nada más lejos de mi intención que

insultarla como me dices en tu mensaje). Olvídate, te lo ruego, tan solo un momento de aquella desagradable escena que quedó grabada, fatalmente, en tu retina ese infausto día en el que me nublaron el entendimiento los caprichosos dioses para que sucumbiera a los placeres de la carne animal que, por mor de mi desdichada maldición, se me ofrecía alegre y rozagante, con ovina sumisión. Olvídate, María Luisa, y mira aquel horrible hecho con los ojos del corazón y no con los engañosos ojos de la cara. Sé que es difícil creerme, pero te ruego que lo hagas. A pesar de mis gritos de placer que oíste, a pesar de las caricias que viste que le hacía a aquella desdichada e inocente criatura enamorada, a pesar de que en el juicio se demostró que llevaba años claudicando a los placeres del bestialismo más indecente, yo te pido que me concedas, por los años que hemos compartido, un margen de confianza. Te aseguro que esos encuentros no significaron jamás nada para mí. Era tal la fuerza de la atracción que mi belleza ejercía sobre esas ingenuas e indefensas hembras baladoras, que su constante acoso lograba al fin reducir mi férrea voluntad. Pero no soy responsable de esos actos, no, María Luisa, debes comprender que un simple humano nada puede hacer contra la cólera divina. Te ruego que recapacites y me envíes urgentemente la dirección de tu domicilio para que

podamos vernos. Estoy plenamente seguro de que una simple mirada te convencerá de mi sinceridad. Cuando te fuiste precipitadamente de nuestra confortable granja, me privaste del alivio que suponía para mí poder al fin compartir contigo esta horrenda carga que llevaba a escondidas con el único propósito de evitar que sufrieras. Después, los acontecimientos se precipitaron con la contundencia con que las arpias defecaban sobre la comida del invidente Fineo y, para cuando me quise dar cuenta, un juez me declaraba culpable de adulterio y me obligaba a darte una parte importante de mi riqueza (con gusto te la daría toda si volvieras conmigo, si me perdonaras...).

Sin más, reiterándote mi amor y mi arrepentimiento (a pesar de saberme inocente) por tanto sufrimiento como te he causado, me despido de nuevo de ti enviándote un beso muy muy fuerte.

Siempre tuyo, José Enrique.

Post scriptum:

Te quiero, María Luisa.

Enviar

Fecha: Tue, Oct 29 2018 2:38:12 pm

De: «María Luisa Pérez» <mluisam.perez56@yahoo.com>

Asunto: Re: Explicación

Para: «José Enrique Belloso» <eros69@hotmail.com>

José Enrique:

¡¡¡Vete a la mierda!!!

Posdata:

¡¡¡Vete a la mierda!!!

María Luisa Pérez

Responder

Para: «María Luisa Pérez» <mluisam.perez56@yahoo.com>

Asunto: Re: Explicación

Querida María Luisa:

Así como el poeta invocó a la diosa para que cantara la cólera aciaga de Aquiles, yo la invoco, humildemente, para que cante la tuya, pues, como el héroe, tú tienes motivos para estar furiosa. Sin ser hija de ningún dios, eres una heroína para mí. El destino implacable te ha puesto una dura prueba y veo que has sabido reponerte a ella con valor. Eso atenúa algo mi pena, aunque no puede disiparla por completo. A la enorme tristeza que siento por haberte perdido, se une la amarga pesadumbre

de una ruina inminente. Ni por un momento quiero que pienses, amada mía, que puede haber un atisbo de reproche siquiera en estas palabras que te envío. Jamás se me pasaría por la cabeza discutir tu legitimidad como dueña, por orden judicial, de la casi totalidad de mi patrimonio. Sin embargo, una imperiosa necesidad me lleva a rogarte con toda la modestia de que soy capaz que recapacites en la medida en que eso te sea posible y que atiendas mis explicaciones y razonamientos para quitarme este enorme pesar que me consume. Me mandas en tu primer correo un furibundo deseo de que arda en el infierno; pues bien, querida mía, amada esposa, la única mujer con la que he vivido y la única con la que viviré, pues nadie podrá ocupar jamás el lugar que tú has dejado, quiero que sepas que tus deseos se están cumpliendo con rigurosa precisión, porque hace ya algún tiempo que mi vida se extingue en una hoguera infernal. Si como Perséfone soy culpable de haber comido unos granos de la tentadora granada del amor, a diferencia de ella que ha de pasar en el Hades tan solo una parte del año, yo estoy condenado a pasar toda la eternidad por no estar contigo, querida niña mía, por haberte perdido, esposa amada, compañera del alma; pero también, y permíteme que no te hurte ninguna información en estos momentos de tanto infortunio para mí, también, te

digo, por estar quemándome hace algún tiempo en el terrible fuego de la pobreza. Algunas deudas a las que no puedo hacer frente yo solo me hostigan sin tregua. Vivo vertiendo continuamente agua en un barril sin fondo, como las Danaides. Ellas mataron a sus maridos, pero yo, aunque sé que te he hecho daño (¿será necesario que también ahora, en estos trágicos momentos, continúe defendiendo mi inocencia?), no te he quitado la vida: antes, fíjate lo que te digo, antes me despellejaría con mis propias manos.

Sin más, rogándote que atiendas mis preces, te envío un desesperado abrazo y un millón de besos...

Siempre tuyo, José Enrique.

Post scriptum:

Me permito enviarte unas copias escaneadas de algunas facturas que no admiten demora.

Post post scriptum:

Decidas lo que decidas, amada mujer mía, queridísima María Luisa, yo siempre te querré.

Adjuntar archivos

Enviar

Fecha: Wed, Oct 30 2018 9:50:24 am

De: «María Luisa Pérez» <mluisam.perez56@yahoo.com>

Asunto: Yahoo! Respuesta automática para ausencias (o vacaciones)

Para: «José Enrique Belloso» <eros69@hotmail.com>

Estaré de vacaciones un par de meses.

María Luisa Pérez

ÍNDICE

1. A MODO DE ENSAYO	11
Kafkiano	13
2. <i>ALLEGRO</i>	15
El efecto mariposa	17
El séptimo sello	43
Epistolario virtual	53
La aspiradora	67
3. <i>ALLEGRO MOLTO APASSIONATO</i>	81
El antropófago sentimental	83
Aviso importante	147
Gargajo fatal	169
La perfecta sinfonía de un músico chiflado	177
<i>Sit tibi pantex levis</i>	183
La venganza de Margaret Dumont	195
Alonso Q.	207
4. <i>ANDANTE</i>	221
Decamerón 3.0	223
Tórtolas turcas	249
Dioptrías (una bonita historia de amor)	261
5. <i>SCHERZO</i>	269
Tragicomedia española	271
Sissi-Fo	291
Carta de Enrique Jardiel Poncela a Guillaume Apollinaire	293
Sinfonía inacabada	295